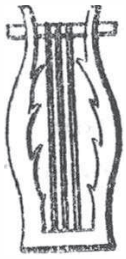
DE PASO

SEÑOR.
No intento preguntarte. No sabría.
No digo si en el barro
o en la estrella
la vida debe ser—si allí se siembra—.
Eso es tuyo, Señor.
No levanto la voz. No, no podría.
No lanzo al viento
este dolor
nacido, apretado y crecido
sobre mi corazón,
esta mañana
al ver
en el tranvía,
a una pobre mujer
oliendo a sucio. Con supurantes ojos,
y a su lado
una preciosa niña. Paliducha.
Los andrajos
sobre su cuerpecillo, no eran tristes,
pero sus ojos sí. Me desgarraban.
Eran oscuros. Grandes,
pero el daño
contagiado
—o heredado tal vez, los estragaba—.
Y quería mirar
lo que el tranvía
iba dejando al paso—autobuses, perrillos, otros niños, el guardia—.
Los entreabría apenas, los cerraba,
los volvía a entornar
y le lloraban

entonces
los restregaba ansiosa
con sus pequeñas manecitas sucias
y...
me pude cambiar para otro asiento.

No te pregunto, Dios; hay cosas tuyas
que no debo inquirir,
lo sé, ni acuso
sobre la creación a ningún ser,
y hasta voy más allá
cuando te digo
si el pobre,
encima de ser pobre
todavía...,
pero aquella niñita
cerrándole a la luz sus ojos grandes...



MARÍA ELVIRA LACACÍ